



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE JULIO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El Todo Poderoso

50 aniversario de la Normal
Olga de León González.

Sean todos bienvenidos a esta Celebración del “50 Aniversario” de la tercera generación de normalistas egresados de la Escuela “Normal Nuevo León y Preparatoria presidente Don Benito Juárez” que, si no me equivoco, es el nombre completo de esta institución, fundada y dirigida por los profesores: Manuel Yáñez, director; Manuel Nava, secretario, y por el insigne Profesor Humberto Ramos Lozano.

Hoy tengo el privilegio de dirigir unas palabras a todos los que entonces fueron estudiantes y aprendieron en esos años a amar la profesión, el oficio y el arte de enseñar. Y lo aprendieron, sí, en las clases con sus maestros, pero especialmente de los libros y el ejemplo en la vivencia de sus docentes. Porque sabíamos que nuestra labor debía ser de gran calidad, fue que sembramos con mucho amor y pasión; pero también con rigor y apego a la verdad y la justicia; con responsabilidad y disciplina en los actos, sin dejar de lado una buena dosis de sensibilidad y humanidad, cuando las circunstancias lo exigían.

Ahora, en estos últimos años, suelo escuchar que antes era mejor la educación que se recibía a la de ahora. De lo cual, me permito diferir: pues veo excelentes maestros en los que fueron nuestros alumnos, algunos quizá mejores, como que es lo natural, que algunas nuevas generaciones superen a quienes les antecedieron. No. No existe un mejor o peor, antes o después. Lo que hay son diferentes circunstancias y nuevas técnicas y tecnología moderna, como auxiliares en esta noble profesión de enseñar.

Tengo conciencia de que llevo varios minutos hablando y, siento que no logro entrar en materia; no alcanzo a decir todo lo que quiero dejar para su memoria y su reflexión. Sin embargo, solicité me hicieran el favor de enviar algunos recuerdos, anécdotas o vivencias a quienes fueron mis alumnos, justo para ayudarme en este propósito de motivarlos a continuar en su desempeño en la vida, sea como profesor, padre, abuelo o simplemente como persona en convivencia con otros. También estoy aquí, para agradecer la invitación a ser partícipe de este importante evento para todos los involucrados: ¡50 años!, son toda una vida!; y ustedes la vivieron y hoy lo celebran.

Me llenaron de nostalgia y alegría sus recuerdos, pues fueron especialmente lindas sus palabras, y en cuanto las leí, reviví los momentos y me transporté con



la imaginación a esos años, incluso a cada salón en donde lo vivimos. Gracias a todos, incluiré algunas anécdotas como ejemplo de nuestra historia en común:

Dora Elia Tamez de León escribió: “Tengo presente que siempre tomaba lista y en una ocasión, se le cayó el registro y ella siguió tomando la asistencia: se sabía de memoria toda la lista y, en orden: tenía muy buena memoria y era también muy buena maestra”.

Por su parte, Bertha Alicia Véliz González, comenta: “Recuerdo que en cierta ocasión nos iba a poner un examen, y un compañero llegó temprano y llenó el pizarrón con letras estilo pandillero, con las respuestas probables del examen, medio escondidas. Cuando la maestra llegó, vio el pizarrón, borró todo y solo nos dijo: “yo también fui estudiante”.

María de Jesús Vázquez Díaz, escribió: “Lo que yo recuerdo es que a esas materias les hacía “el fuchi”. Así que cuando entró al

salón por primera vez, y la vi tan joven en comparación con el resto de nuestros maestros, me apresuré a juzgarla, y dije quedito: “...y esas materias, ¿nos las va a dar ella? Mas, cuál fue nuestra sorpresa -para todos- que hoy la recordamos como una gran maestra. Antes, yo no le veía ni pies ni cabeza a esas materias: las tenía por sosas y aburridas... Pero, me llegaron a gustar tanto, que lo nunca soñado: saqué un 90”.

Hasta aquí dejo los recuerdos y anécdotas que me cuentan mis queridos exalumnos. Solo he de añadir que otros hablan de mi responsabilidad y de que por lo general no faltaba, a menos que me enfermara. Pues, ustedes, no lo sabían; pero -para mí- asistir a dar clase era un oasis y un espacio de regocijo y alegría dentro de la dureza y dolor que el destino nos infringió por esos años a mis hermanos y a mí. Viví muy duros años tras la muerte de nuestro padre (1970) y a los cuatro años, la de nuestra madre

(1974), siendo la mayor de seis hijos, sentía que la responsabilidad a ratos me quebraba...

Mi sensibilidad estaba a flor de piel. A ustedes, los veía tan necesitados de conocimientos, cultura y amor, que no podía hacer otra cosa que brindarles lo mejor de mí: me entregaba en cada clase como si la vida me fuese en ello.

Fui la más afortunada al dar clases: los amé y los amo, hayan sido mis alumnos, o no. Y, no hay Institución educativa que me haya dado tanto, como la “Normal Nuevo León” y la “Preparatoria presidente don Benito Juárez”, sus autoridades y sus estudiantes. Nunca olviden su identidad: se graduaron de una muy digna profesión. 50 años se dicen fácil, pero son toda una vida: sobre sus hombros han estado la realidad y la esperanza de México. No claudiquen, sigan leyendo y aprendiendo de los libros y de la vida, ese sueño que un día nos abandonará, pero mientras dure, ¡disfrútenlo!

Carlos A. Ponzio de León

Vagabundos en aumento



supe si era cierto. Le expliqué que yo era delegado mexicano ante la OCDE por unos días. “Si pides dos botellas de champagne, me voy contigo; nos llevamos una”. Ordené las dos botellas. El mesero las trajo y preguntó si abría una. La chica le dijo que sí. Bebimos media copa y me pidió que ordenara la cuenta. “Sal por el frente. Cruza la acera y espérame ahí. Yo saldré por atrás”. Tomó la botella cerrada y desapareció. Hice lo que me pidió; despacio. Esperé cinco minutos y arribó, con un abrigo encima. Era diciembre.

Tomamos un taxi a mi hotel. En el cuarto, ella se desnudó frente a mí y yo hice lo mismo. Llevaba dos condones en el bolsillo del saco. Me recosté boca arriba y ella me montó. Había pasado más de un mes desde que yo había estado con una mujer. Me vine casi inmediatamente. Me apené completamente. Ella se recostó junto a mí.

“Ese no cuenta”, le dije. Se sorprendió. “¿Te puedo dar un beso?”, le pregunté. Ella acercó sus besos a los míos y volvió a subir. “El condón”, le dije. Esperó a que me lo colocara.

Luego de un par de minutos de estar moviéndose, metió sus manos entre las piernas y rompió el preservativo con sus uñas. “No soy una máquina”, me dijo enojada. Se recostó, boca arriba, a mi lado. Hubo un largo silencio hasta que me preguntó: “¿Puedes traerme un pan del restaurante? Me vestí, me dirigí al ascensor y bajé hasta la planta baja. El lugar estaba cerrado. Subí.

Cuando entré al cuarto, estaba vacío. Busqué en el armario: ahí encontré el relieve de la Las Tres Gracias que había comprado esa tarde en el Louvre. Luego me dirigí a la mesa frente a la cama: faltaban la botella de champán y un disco: Calogero.

Esa fue mi primera noche en París. Dormí cuatro veces en esa ciudad. Nunca estuve solo. Fui aprendiendo las lecciones de la vorágine parisina y mejorando noche con noche.

Yo venía de una ciudad y de un país donde los amores casuales callejeros suelen ser honestos, donde se ama con fervor religioso desde el primer roce en la piel, en el primer baño de arena sobre los labios.

Luego de esa mi primera noche, dejé de creer en los amores casuales parisinos. No existen para un hombre que camina en saco por la ciudad, sin hablar francés.

Al día siguiente, conocí a una chica en un bar, nuevamente sobre Champs Elysees. Tomamos algunas cervezas. Ella era extranjera; tampoco hablaba francés. Intentamos comunicarnos en inglés, pero igual fue inútil. En la cama, las cosas no mejoraron. ¡Ah, París, tan decepcionante!



ERASMO DE ROTTERDAM

Humanista neerlandés de expresión latina. Clérigo regular de san Agustín (1488) y sacerdote (1492), pero incómodo en la vida religiosa (que veía llena de barbarie y de ignorancia), Erasmo de Rotterdam se dedicó a las letras clásicas y, por su fama de latinista, consiguió dejar el monasterio como secretario del obispo de Cambrai (1493).

Cursó estudios en París (1495) y, tras dos breves estancias en los Países Bajos (1496 y 1498), decidió llevar vida independiente. En tres ocasiones (1499, 1505-1506 y 1509-1514) visitó Inglaterra, donde trabó amistad con Jane Colet y Tomás Moro, en cuya casa escribió su desenfadado e irónico Elogio de la locura (1511), antes de enseñar teología y griego en Cambridge.

En París inició, con Adagios (1500), un éxito editorial que prosiguió en 1506 con sus traducciones latinas (de Luciano de Samósata y de Eurípides) y que culminó en Basilea (1515-1517 y 1521-1529) con sus versiones de Plutarco, sus ediciones de Séneca y de San Jerónimo y su gran edición del Nuevo Testamento (1516). Dicha edición, con texto griego anotado y su traducción latina (muy distinta de la Vulgata de San Jerónimo) le dio renombre europeo.

Si sus primeros diálogos Antibárbaros (1494) veían compatibles devoción y cultura clásica, en el Enquiridión (1504) defendía una audaz reforma religiosa. Fruto de las lecciones que había dado para vivir, sus manuales de conversación latina (1497) son el origen de los Coloquios familiares (1518), de gran difusión y resonancia. Fue la crítica de Lorenzo Valla a la versión de la Vulgata lo que le decidió a dedicarse, algo tardíamente, a las letras sagradas para reconciliar cultura clásica y teología (se doctoró en esta ciencia en Turín en 1508).

En sus viajes, Erasmo de Rotterdam visitó también Padua, Siena, Roma (1509) y diversas ciudades de Alemania (1514), en cuyos círculos humanísticos fue acogido de forma triunfal. El papa León X le dispensó de tener que vestir el hábito para que viviese en el mundo y fue nombrado consejero del emperador Carlos V, a quien dedicó la Institución del príncipe cristiano (1516).

Aunque inicialmente no le prestó gran atención, el crecimiento del problema luterano le hizo cada vez más difícil su insistente pretensión de neutralidad. Si en 1517 se había ido a Lovaina, en 1521 hubo de salir de la ciudad y volver a Basilea por lo insostenible de su situación (aun distanciándose claramente de Martín Lutero, insistía en ser no beligerante) y para guardar su independencia. Pero en 1524 lanzó su Disquisición sobre el libre albedrío, con una violenta respuesta de Lutero (Sobre el albedrío esclavo, 1526) y con su correspondiente réplica (Hyperaspistes, 1526). Y, pese a su neutralidad en la pugna de Enrique VIII de Inglaterra con el papa Clemente VII, su Ciceroniano (1527) refleja ya el desengaño de quien ve sus ideales contrariados por los hechos.

Para unos hereje (que preparó el terreno a la Reforma), para otros racionalista solapado u hombre de letras ajeno a la religiosidad (un Voltaire humanista) y para otros gran moralista y lúcido renovador cristiano, Erasmo de Rotterdam quiso unir humanismo clásico y dimensión espiritual, equilibrio pacificador y fidelidad a la Iglesia; condenó toda guerra, reclamó el conocimiento directo de la Escritura, exaltó al laicado y rehusó la pretensión del clero y de las órdenes religiosas de ostentar el monopolio de la virtud.

ad pédem literae

La verdadera amistad llega cuando el silencio entre dos parece ameno.

Erasmo de Rotterdam

Letras de
buen humor

El verdadero amor es como los espíritus: todos hablan de ellos, pero pocos los han visto.

François de La Rochefoucauld